

# CATALUÑA COMO SOCIEDAD CIVIL



**C**ataluña es, sin duda, muchas cosas. Pero si hay algo que, a mi juicio, la identifique y la diferencie en el contexto español, es el hecho, consistente y persistente, de ser una sociedad civil. Antes que cualquier otra cosa, por debajo y por encima de cualquier otra cosa, Cataluña, como realidad histórica y cultural, como pueblo, es y se define como sociedad civil.

El hecho no es baladí. Valores fuertes de la sociedad contemporánea, predicados hoy por todos, son la diferencia por un lado y, por otro, la convivencia. Pues bien, creo que Cataluña es eso en extremo, justamente por ser ante todo sociedad civil: sociedad civil y, como tal, diferente de los otros; sociedad civil y, como tal, convivencial con los otros.

La moderna historiografía catalana ha discutido —con exceso de ideología, a mi juicio— sobre si la Cataluña moderna ha sido hecha por la burguesía o por las capas populares. Revolución industrial burguesa y vieja tradición anarquista serían argumentos de ese debate. Lo que nadie parece discutir, en cambio, es que, popular o burguesa, Cataluña se ha hecho a sí misma desde sus instancias civiles de sociedad. Y ahí también el argumento burgués y el anarquista valdrían e irían juntos.

La lengua y su expresión cultural en forma de cultura lingüística, de cultura derivada de y apoyada en la lengua, es un hecho diferencial fuerte en Cataluña, se dice. Pero hay un hecho diferencial fuerte aún más acusado, aunque se diga menos, la sociedad civil catalana y su expresión cultural, ahora en el sentido de los antropólogos, de cultura derivada de y montada sobre la sociedad civil misma.

Es imaginable la hipótesis de que en Cataluña se perdiera la lengua. Para esa hipótesis límite, se puede pensar que la sociedad civil catalana terminaría reconstruyéndola. Experiencias históricas alargadas de agresión del poder político a la lengua y de resistencia civil reconstruidora y recreadora de nuevos esplendores lo avalarían. En cambio, si se perdiera la sociedad civil catalana como cultura, sería difícil imaginar que la lengua fuera capaz de reconstruirla. Digan lo que digan los lingüistas apasionados, se puede hablar catalán con acento extraño, es decir, con otro modo de percibir y valorar los estímulos que llegan a una sociedad dada, que es donde ésta, como tal, nace y se constituye.

Con ello no opongo la cultura como expresión cultural lingüística y la cultura como expresión cultural antropológica así definida. Simplemente me limito a replantear, en términos menos repetidos y, sin embargo, más importantes a mi juicio, el hecho fuerte catalán como sociedad civil esencialmente abierta a la diferencialidad y a la convivencialidad. Pla no decía otra cosa, creo, cuando, señalando los campos del

Ampurdán, dijo que a Cataluña la habían hecho los notarios. Y lo replanteó así también con otro propósito. La sociedad civil catalana que se ha mostrado a lo largo del tiempo consistente y persistente, está hoy acechada por un grave peligro, el de su propia autonomía política. No estoy en contra de ésta, por supuesto. Sólo contra un modo de entenderla, contra la tentación de pensar la estructura catalana como superestructura política, desplazando a la sociedad civil, por un fenómeno de mimetismo político del contexto español, en el que Cataluña —la sociedad catalana resistente— ha sabido sobrevivir siempre. No habría que hacer de Barcelona un remedo político de Madrid. Lo que habría que hacer, por el contrario, es enseñar a Madrid desde Barcelona —mejor, desde Cataluña— a pensar y rehacer la política, poniéndola al servicio de la sociedad civil y potenciando a ésta. Menos ministerios y más agencias civiles, sería mi fórmula, mi modelo ideal de administración política catalana. Algunos, desde perspectivas nacionalistas, entienden mal esto que digo, porque ven hegelianamente en el concepto de nación sólo una vocación de, un embrión de Estado. O se es Estado o se deja de ser nación, se dicen éstos. A mí me suena este argumento a las viejas disquisiciones de los canonistas del XIX, que veían a la Iglesia como sociedad perfecta, y por eso querían conformarla con el modelo del Estado moderno. Pero la Iglesia ha sido históricamente siempre más consistente —y anterior— que el Estado moderno. Y algo similar es predicable de las naciones. El concepto de Estado es muy posterior al de nación. El de nación es, a mi juicio, un concepto esencialmente civil (en términos de antropología cultural), muy anterior al de Estado (en términos de tiempo) y más consistente que el de Estado (en términos de vigencia social). La historia, la historia real moderna está llena de ejemplos de esto. Por eso yo le doy la vuelta al argumento de los nacionalistas estrechos. Cataluña/nación o es sociedad civil o no será nación. En el límite, ni siquiera sería Cataluña.

ANTONIO MARZAL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA